

VARRIALE, Gennaro. *Mare amaro. I corsari barbareschi sull'orizzonte italiano del Cinquecento*. Roma, Società Editrice Dante Alighieri, 2023 (89 págs.).

Aunque estén separados por varios siglos de diferencia, entre el mito de la captura de Dionisio por la tripulación tirrena, narrada en el Himno a Dionisio –con el que empieza la premisa de este trabajo (p. VII)– y la tarantela popular *Michelemmà*, escrita por un autor anónimo en el siglo XVII –y que cierra los últimos párrafos de su conclusión (pp. 61-63)– hay una cosa en común: la piratería en el mar Mediterráneo. Gennaro Varriale, en las cerca de 70 páginas que separan en su libro estas dos historias, hace una explicación concisa, estructurada, clarificadora y plagada de testimonios de archivo de los cambios que sufrió esta piratería durante el siglo XVI.

Su argumento empieza, precisamente, en el mito clásico, pues la piratería fue una actividad intrínseca al mar Mediterráneo desde la época antigua: existió en la república romana y se intensificó después de la caída del imperio romano y la disolución de su estructura. Sin embargo, esta actividad sufrió un nuevo viraje en los albores del siglo XVI, explicado por Varriale por tres motivos estructurales (pp. VII-VIII): la llegada de los otomanos en el Mediterráneo oriental y la de la monarquía de los Austrias en el occidental; la expansión global de los europeos, con los consecutivos cambios en los sistemas de navegación, las nuevas fórmulas en el sistema financiero o el desarrollo de la trata transatlántica de esclavos; y el desarrollo del sistema de correo que, entre otras consecuencias, hizo que el miedo al corsario musulmán se extendiera más allá de los territorios costeros. En este contexto, cuando la guerra entre cristiandad e islam se trasladaba al mar, las nuevas monarquías empezaron a contratar a los mejores marinos y piratas a su servicio. Así, se gestó la renovada (que no nueva) guerra del corso, que caracterizó el conflicto durante toda la Edad Moderna.

Ya está bien establecido por la historiografía cómo el Mediterráneo de la Edad Moderna era una sociedad de frontera, es decir, un lugar de interacciones, productor de vínculos sociales y políticos, pero también un lugar para las tensiones, las fricciones y las violencias. Esta frontera era un mundo constantemente en movimiento, donde se tejía un complejo entramado de relaciones económicas, culturales, sociales y políticas. Las fuentes dan testimonio de ello. Sin embargo, en medio de los conflictos y las violencias, también fue una zona de cohesión y de necesaria comunicación con el enemigo, donde los grupos hostiles cohabitaron y no necesariamente a través de la violencia. De hecho, el Mediterráneo como frontera y los fenómenos ligados a ella han sido objeto de los trabajos de numerosos investigadores e investigadoras desde hace décadas. Gennaro Varriale ha sido uno de ellos, centrando su atención en el espionaje hispánico contra el Imperio Otomano. Lejos de entender la frontera en el binomio fronterafrente, en trabajos como los de Varriale sale a la luz que la frontera nace de la práctica, de las experiencias de los actores e, incluso, de los relatos o textos que la práctica genera. En este sentido, se puede hablar de una frontera cultural, una barrera construida y fabricada mentalmente, más allá de los accidentes físicos, los trazados políticos y diplomáticos o las diferencias de costumbres y lenguas.

En este libro, Varriale, tomando como espacio de referencia Italia –pero una “amplia” Italia, ya que incluye los territorios donde tuvo influencia económica y cultural– trata de, en sus propias palabras, hacer una *ricostruzione della conflittualità nel Mediterraneo del secolo XVI imperniata intorno ai barbareschi, che svolgono un'attività tradizionale come la pirateria, ma in una maniera, davvero, innovativa* (p. IX). Con la premisa de tratar de darle un enfoque nuevo a este tema clásico, dice estar *alla ricerca costante delle voci coeve, da cui trapelano paure e speranze, che talvolta coesistono a poche righe l'una dall'altra* (p. IX). Y ello le lleva a

completar su trabajo con decenas de testimonios extraídos de fuentes impresas y, sobre todo, de los archivos italianos y españoles. Leemos, transcritas por el autor, las voces de los protagonistas de esta historia que no fueron solo los grandes hombres políticos, sino también los esclavos, las concubinas, los fugitivos, los espías o los eunucos, protagonistas de unas vidas transimperiales que vivieron y, a su vez, crearon las sociedades de frontera mediterráneas.

Y, efectivamente, la frontera es el hilo conductor de este trabajo. El autor divide la obra en cuatro partes: las violencias; las conductas militares y políticas, tanto de los estados italianos como de las potencias islámicas (Constantinopla, el Magreb y el Levante); y las conexiones que, en último término, surgieron de este conflicto.

El primer capítulo (pp. 1-13) habla de la frontera generadora de violencias, de donde surgen la piratería y el corso, que configuraron las mentalidades de las gentes mediterráneas. Varriale investiga los métodos y tácticas de los corsarios musulmanes para atacar los navíos y las costas italianas. Además, analiza cómo la alianza del turco con las potencias berberiscas, convirtiéndose en su mano armada en occidente, incrementó el miedo a estos ataques y reconfiguró los pesos geopolíticos. Las consecuencias humanas de esta violencia, no las únicas, pero sí las más conocidas, fueron la cautividad y la esclavitud de miles de personas. Por tanto, el autor concluye con las historias de algunos cautivos que, después de los ataques corsarios a las costas europeas, fueron trasladados forzosamente a territorio islámico y allí esclavizados. Este pequeño conjunto de relatos particulares nos muestra el drama individual de un fenómeno colectivo fruto del conflicto en el Mediterráneo del siglo XVI.

Repasada la violencia, empiezan dos capítulos de historia política, donde el autor disecciona, de la parte de la cristiandad a la parte del islam, las relaciones de los diferentes territorios con el otro lado de la frontera, las consecuencias en sus estrategias geopolíticas y sus evoluciones. Empieza por el lado cristiano, es decir, por la península italiana, escenario de las rivalidades políticas europeas y espacio clave en las relaciones con el Imperio Otomano (pp. 15-31). Primero, se habla de Roma como cabeza simbólica de la cristiandad y se resalta el papel de los pontífices, especialmente el de Pío V, sin el cual la alianza de la Santa Liga habría sido impensable. Más al sur, los reinos de Nápoles y Sicilia, muy cercanos a la frontera otomana y que eran parte de la Monarquía Hispánica, tuvieron un peso geopolítico esencial en el conflicto. Definida como una “espada de Damocles” sobre ellos, la amenaza berberisca influyó profundamente en su sociedad y su administración. Por su cercanía, sus costas fueron el objetivo principal de las incursiones de los corsarios berberiscos. Y, a la vez, sus virreyes tuvieron un papel estratégico en la organización de la defensa y el espionaje contra los turcos; sus puertos eran clave en el abastecimiento de las armadas; y sus escuadras eran las más importantes del rey católico en el Mediterráneo. Por su parte, no se entendería un análisis de las relaciones con el Imperio Otomano sin tener en cuenta a la llamada “concubina del Gran Turco”: la Serenísima República de Venecia. Era el único poder italiano con dominios en el Levante y mantenía una posición delicada entre los dos imperios: el Otomano, al este, y la Monarquía Hispánica, al oeste. De hecho, cambió su postura en las diferentes ocasiones que se desarrollaron en el siglo XVI, acercándose más o menos a la Sublime Puerta, lo que le conllevó no pocas críticas del resto de los estados italianos. Finalmente, se abordan las estrategias políticas y militares de Génova y Florencia. Ambas potencias marítimas destacadas, aliadas –con diferencias– con los Habsburgo y también centrales en su política contra los otomanos.

En el tercer capítulo se explora el otro lado de la frontera: la parte islámica (pp. 33-46). Empieza por Constantinopla, considerada el refugio del mundo. Después de la conquista otomana, el nuevo sultán osmanlí Mehmet II financió su reconstrucción, llevando a su refluorecimiento. Así, fue un espacio clave, caracterizado por ser una encrucijada de gente de diversas procedencias; por la importante presencia de extranjeros en ella (entre ellos, italianos exiliados),

incluidos mercaderes y espías que lograron obtener influencia y poder; y por su importancia comercial. Estos cambios en la parte oriental también fueron ligados a la transformación sociopolítica del Magreb. La presión militar sobre esta región culminó con la caída de los emiratos y su transformación en la llamada “América turca”, pues fue un lugar donde los sujetos otomanos tuvieron oportunidades de redención social y promoción mediante la participación en el corso. Además, este territorio, cuya economía estaba centrada en la piratería, que producía riqueza y traía mano de obra forzada, fue escenario de particulares equilibrios de poder entre los otomanos y los rais. Por su parte, el Levante, descrito como “caleidoscopio” del Mediterráneo, vivió una de las historias más complejas. La conquista otomana de Rodas en 1522 marcó el inicio de una nueva época, y las costas levantinas se convirtieron, junto con los estados del Magreb, en un trampolín del corso turco. Pero también fue punto de contacto entre los imperios, donde los espías jugaron un papel muy activo y desde donde las noticias de Constantinopla se difundían rápidamente.

Con todo, la imagen que se destila de estos dos capítulos centrales de la obra es cómo las maniobras diplomáticas y las alianzas cambiantes caracterizaron la complejidad de las relaciones políticas entre estos territorios. Además, su análisis en conjunto, en relación con el conflicto entre cristiandad e islam, muestra cómo las acciones en cada uno de estos espacios, interconectados entre sí, impactaron en el equilibrio general de fuerzas en el Mediterráneo.

Finalmente, Varriale escribe en el cuarto y último capítulo sobre lo que se presenta como una consecuencia del conflicto del corso y que es uno de los aspectos fundamentales que rigen las sociedades de frontera: las prácticas comunes, la interacción y los vínculos creados no siempre desde la violencia (pp. 47-60). Los diferentes mecanismos movilizados para la redención de cautivos; los renegados, algunas de cuyas historias son narradas; y las comunidades musulmanas en territorio cristiano (esclavas y libres) fueron consecuencias directas de esta guerra y que caracterizaron a las sociedades italianas de este siglo XVI. El capítulo muestra cómo el conflicto corsario y sus consecuencias humanas también amplificaron las conexiones y el intercambio entre los diferentes territorios implicados. En las sociedades de frontera, en medio de la violencia y las alianzas políticas cambiantes en esta guerra secular, también hubo espacio para la interacción, la interconexión y la hibridación de algunos sujetos que, libre o forzosamente, cruzaron las fronteras imperiales.

Al final, esta obra de Gennaro Varriale muestra la guerra del corso en el Mediterráneo del siglo XVI como un fenómeno amplio y complejo, fruto de la rivalidad y de las múltiples y diversas relaciones entre los distintos actores implicados. Un fenómeno que, además, moldeó las mentalidades italianas y ha dejado huella en las expresiones culturales hasta nuestros días. Pero de la guerra del corso también surgieron otros fenómenos que, lejos de dividir, conectaron las dos orillas del mar, donde se vivía una realidad mucho más compleja que la de dos civilizaciones enfrentadas. Y desde aquí es desde donde se entienden las fuentes trabajadas por Varriale y que han armado su investigación.

TERESA PELÁEZ DOMÍNGUEZ
Universitat de València